

## DOS ETAPAS EN EL PENSAMIENTO DE AMÉRICO CASTRO

Américo Castro ha dedicado toda su vida de intelectual y de investigador al estudio de temas hispánicos. Dentro de esta esfera ha atendido también a lo hispanoamericano, pero su dedicación central ha recaído sobre los temas españoles peninsulares.

Sin forzar las cosas, es posible distinguir con bastante claridad dos etapas en la producción intelectual de A. Castro. La primera se inicia en 1910, con sus primeros escritos y se cierra hacia 1938. En este año se puede fechar el comienzo de la segunda etapa, que continúa hasta su muerte.

### 1. PRIMERA ETAPA : VISION EUROPEISTA DE LO ESPANOL.

En 1924 publicó A. Castro un librito titulado *Lengua, enseñanza y literatura*<sup>1</sup>. La triple faz de este título revela con bastante aproximación la clase de preocupaciones a las que A. Castro dedicó su esfuerzo durante esta primera etapa.

En sus trabajos lingüísticos de esta época, A. Castro emplea las técnicas y el rigor introducidos en la lingüística española por Menéndez Pidal. Los modelos vigentes cuando D. Ramón pone a tono los estudios escritos en casa sobre las lenguas hispánicas con los europeos, son alemanes. Así penetra en la Península todo el rigor metodológico del positivismo lingüístico. Frente a las indudables limitaciones filosóficas del positivismo<sup>2</sup>, buscarán modo de superarlas tanto M. Pidal como A. Castro. Como D. Ramón atenderá siempre, durante su larga existencia, a lo lingüístico y a lo literario, simultáneamente, la amplitud de esta visión humanista lo llevará a concepciones lingüísticas originales que paliarán el mecanicismo y deshumanización del positivismo crudo. Su tesis de la latencia del cambio lingüístico — concepto que es fundamental también para su explicación de la épica medieval<sup>3</sup> — conduce a una superación neta del modo

1. Madrid, Victoriano Suárez, editor.

2. Véase Vossler, *Positivismo e idealismo en la lingüística*, Madrid, Buenos Aires, 1929.

3. Para esto véase, especialmente, R. Menéndez Pidal, *La Chanson de Roland y el neotradicionalismo (Orígenes de la épica románica)*, Madrid, 1959.

de entender la evolución lingüística por el positivismo<sup>4</sup>. Estudiando la diversidad lingüística de la Península al hilo de los grupos humanos a quienes servían esos varios modos de hablar, Menéndez Pidal establecerá, en *Los orígenes del español*<sup>5</sup>, las bases definitivas para la comprensión de la estructura lingüística de la Península a partir de la Hispania Romana hasta hoy. Vistos en el contexto de la historia total de las diversas épocas, los fenómenos lingüísticos pierden la rigidez y abstracción que les confiere el positivismo ortodoxo. Aunque en este período, A. Castro desarrolló una labor lingüística importante, no produjo, en estas materias, obras de la trascendencia de las escritas por Menéndez Pidal. Como Menéndez Pidal, A. Castro absorbió el positivismo alemán, pero se sintió incómodo dentro de él. En la traducción que hizo del libro de Meyer-Lübke se revela esto tanto en el prólogo como en las notas<sup>6</sup>. Por otros caminos que los de Menéndez Pidal, A. Castro aspira a superar la estrechez del positivismo. La preocupación por « las zonas de espiritualidad » a que se accede a través del lenguaje, se trasuntó en su preocupación especial por el estudio del significado de las palabras. La lexicografía será, pues, la zona del lenguaje a la que dedicará mayor número de estudios. La preocupación por lo que el idioma « dice » abre una ancha puerta a lo histórico, lo literario y lo humano.

Como profesor de la Universidad Central de Madrid, A. Castro se sintió en la obligación de trabajar por el mejoramiento de la docencia de su país. Para esto realizó campañas a fin de reformar la Facultad de Filosofía y Letras. Su afán se extendió también a los otros niveles de la enseñanza. Con García Morente creó la primera licenciatura en francés existente en España, trabajando tiempo extra y sin mayor remuneración. No obstante su empeño, logró mucho menos de lo que se proponía. Y entonces decidió replégarse enteramente a sus propios trabajos de filólogo<sup>7</sup>.

Varios libros editados por él surgieron de su preocupación pedagógica. La traducción de Meyer-Lübke ya citada, la traducción de la

4. V.D. Catalán Menéndez Pidal, *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje*, Madrid, 1955.

5. La cuarta edición es de Madrid, 1956.

6. « Ciertamente es que el Sr. Meyer-Lübke representa una tendencia especial de la lingüística, y que tal vez se muestra, para mi gusto, demasiado escéptico o silente frente a ciertas novedades de nuestra época. *Desearíamos hoy que los jóvenes percibieran los caminos que llevan desde el lenguaje a otras zonas de espiritualidad*, tarea, sin duda, delicada para el maestro que no quiera, por otra parte, incidir en fantasías incomprometibles. Mas aunque no se acepten soluciones dogmáticas por el mero hecho de ser modernas, siempre será buena obra insistir sobre lo problemático o insuficiente de algunos de los puntos de vista de la ciencia del lenguaje a lo siglo XIX » (El subrayado es mío). Véase Meyer-Lübke, *Introducción a la lingüística románica*, Traducción y notas de A. Castro, Madrid, 2ª edición, 1966. Lo citado está en la p. 7. La primera ed. es de 1914.

7. « No me he vuelto a ocupar más de asuntos universitarios luego del fracasado proyecto de autonomía universitaria. Abandoné aquel prurito reformatorio; me dediqué exclusivamente a mis trabajos en la cátedra y fuera de ella, y me va mucho mejor. Así acaban las pequeñas Memorias de uno que quiso arreglar la Facultad de Letras de Madrid, y perdió miserablemente el tiempo » (*Lengua, enseñanza, literatura*, op. cit., p. 258).

*Historia de la lengua latina* de Stolz; ediciones de clásicos castellanos al alcance del estudiante de enseñanza media; artículos sobre temas educacionales, todo esto prueba su fuerte vocación pedagógica<sup>8</sup>. De un modo permanente, sus preocupaciones pedagógicas se dan asociadas a los temas de su especialidad de filólogo. Por eso sus reflexiones sobre la docencia van orientadas al modo de enseñarse en España la lengua, la literatura y la historia<sup>9</sup>. Obviamente, docencia y cultura literaria se unen circularmente<sup>10</sup>.

La docencia de la historia — y la investigación histórica — le parecen detestables a A. Castro. Cuando en la segunda etapa de su producción intelectual exponga su propia concepción de la historia, estará colmando el gran vacío que en esta materia señalaba ya en la década del veinte.

« Algo habría, pues, que hacer para que los españoles aprendieran a construir originalmente la historia nacional, y se acabaran por algún tiempo los trabajos de vulgarización y las recopilaciones de segunda y tercera mano. Yo estoy seguro de que estas Facultades de Historia, en las que hay algunos elementos valiosos, podrían hacer diez veces más de lo que hacen si llegaran a adquirir conciencia clara de su misión y se decidieran a coordinar e intensificar su esfuerzo<sup>11</sup>. »

Comparando la situación española con la de Francia, no oculta su desaliento :

... « En Francia... la « Ecole des Chartes » ha formado varias generaciones de historiadores y filólogos a los que esencialmente debe el que Francia tenga una historia nacional, *que nosotros todavía no estamos en disposición de escribir* » (*op. cit.*, p. 238. El subrayado es mío). Sería falso suponer que A. Castro ya pensaba dedicarse a la investigación de la historia de España cuando escribía las frases citadas. Pero no cabe duda que esta insatisfacción con lo que entonces se hacía en este campo pesará fuertemente en su ánimo cuando decida abordar estas materias.

Los estudios literarios que escribe en esta época son muy numerosos. Si se revisa su bibliografía, es posible concluir que la literatura ocupó la mayor parte de su tiempo durante este período. A sus investigaciones literarias pertenece su obra cumbre de esta primera etapa :

8. Bastará recorrer la lista de la producción intelectual de esta época de A. Castro para encontrar numerosos títulos centrados sobre esta actividad suya.

9. « Téngase presente que la enseñanza de la literatura y de la historia patrias constituyen una disciplina y un arte casi ignorados en España — incluso en la Universidad » (Tirso de Molina, *El vergonzoso en palacio* y *El burlador de Sevilla*, « Clásicos Castellanos », núm. 2, p. XLV).

10. « Contribuye en parte a ese alejamiento [la gente no lee comedias españolas del s. XVII] la nula instrucción literaria que recibe el término medio de las gentes de lengua española, y el que, como causa o efecto de esa incultura racial, sean escasas o de poco atractivo las ediciones en que pueden leerse las obras de nuestros mayores dramaturgos de la época aurea (Tirso de Moliera, p. VII).

11. *Lengua, enseñanza, literatura*, *op. cit.*, p. 214-215.

*El pensamiento de Cervantes*, 1925<sup>12</sup>. Junto a ella hay que citar también estudios tan importantes como *Algunas observaciones acerca del concepto del honor en los siglos XVI y XVII*<sup>13</sup>, *Poesía y realidad en el « Poema del Cid »*<sup>14</sup> y libros tan minuciosos y eruditos como la *Vida de Lope de Vega*<sup>15</sup>.

Hay un aspecto de su labor intelectual que no se refleja en el triple título de la obrita que sirvió para abrir este párrafo. Durante esta primera etapa A. Castro escribió numerosos e importantes artículos de periódico sobre política, religión, temas culturales, literatura extranjera, ciencia, etc. En *El Sol* de Madrid y en otros diarios españoles e hispanoamericanos, aparecieron estos escritos surgidos de su extensa inquietud de intelectual de su tiempo. Pronto aparecerá publicado en México un volumen que contendrá gran parte de esos artículos.

Su preocupación por la lengua, la enseñanza y la literatura se mantendrá viva durante su segunda época. Variando de sentido o centrado en otras concepciones, A. Castro continuará hasta su muerte tratando problemas lingüísticos, pedagógicos y literarios. En lo que se refiere a la lengua, sus obras principales de la segunda época menudean en precisiones del significado de las palabras medievales y de los siglos XVI y XVII; se preocupa de los problemas del pseudomorfismo hispano-semítico (árabe y judío); introduce finas distinciones entre palabras que hasta entonces se tenían por sinónimas (diferenciación entre *honor* y *honra*, por ej.); explica construcciones sintácticas españolas por el peculiar modo de vida del pueblo español (caso de interpretación de oraciones unipersonales) y, cada vez que es oportuno, historia el pasado global de la *gens hispana* — su cultura, su producción literaria, su arte — a través del tamiz de la historia de su lengua.

Su preocupación pedagógica ha tomado el sesgo de hacer conocida a los españoles su concepción de la historia de España. Frente a la inexistencia de una intelección de la historia de España que le satisfaga, ha estimado necesario que los españoles conozcan la suya. Y esto por razones de « educación » nacional<sup>16</sup>. Según él, la verdad — y especialmente la verdad histórica — debe ser conocida por el mayor número de personas « historiadas »<sup>17</sup>.

12. Madrid, Anejos de *R.F.E.*

13. *R.F.E.*, III, p. 1-50 y 357-386.

14. *Tierra Firme*, Madrid, I, 1935, p. 7-30.

15. Madrid, 1919.

16. « Hay que dar forma « bolsillable » a verdades que, en el futuro, pueden ser fuente de bienes » (« *La Celestina* » como contienda literaria, Madrid, 1965, p. 12).

17. « Algunos lectores hallarán en este libro ocasionales insistencias y reiteraciones acerca de temas ya tratados en otros libros míos. Lo he hecho intencionalmente. Los libros breves y manejables, impresos en España, llegan a una clase de público inaccesible para obras voluminosas, largas de leer, costosas y publicadas en el extranjero. Tan importante como decir la verdad es difundirla » (*Los españoles : cómo llegaron a serlo*, Madrid, 1965, p. 7).

En cuanto a la literatura, sus investigaciones sobre ella se han intensificado durante esta segunda etapa. Casi todos los escritores medievales, del Siglo de Oro — y muchos posteriores — han sido objeto de análisis e interpretaciones de sus obras.

El aspecto de su producción que tomará una importancia definitiva en su segunda época, y que había tenido un desarrollo bastante reducido en la primera, está constituido por su inmersión en los temas de la historia española y de la teoría de la historia.

La característica predominante de esta primera época es la tendencia de A. Castro a comprender la cultura y el pasado español en base de criterios europeos genéricos. Como indicaré en las ocasiones pertinentes, hay ideas en obras de esta época que no armonizan con la afirmación recién hecha. Eso lo resaltaré en los momentos oportunos. Pero, en general, es sostenible englobar esta primera época de su producción intelectual bajo la denominación de visión europeísta de lo español. Este europeísmo tiene dos sentidos correlacionados : las ideas principales para entender lo peninsular han sido tomadas de la cultura transpirenaica, primer sentido y, segundo, la explicación de lo nacional tiende a buscarse en concepciones abstractas, generales, de la vida y de la cultura occidentales. Lo dice el propio A. Castro :

« Dominaba entonces en 1925, fecha de *El pensamiento de Cervantes* la idea de la *Kulturgeschichte* (historia de ideas), sin pensar que la literatura no era separable de sus circunstancias humanas, de la situación y condición de las personas <sup>18</sup>. »

En cuanto al modo de resolver por medio de ideas generales, culturalistas, los problemas peculiares de lo hispánico, es revelador lo dicho en su estudio sobre el honor, citado antes :

« A este intenso dinamismo de los personajes dramáticos corresponde una ideología perfectamente encadenada y sistemática, que si fuéramos a estudiarla a fondo habrían de investigarse casi *todos los conceptos culturales* de nuestra época clásica : *la teoría del hombre*, de su valer y de su función social » (*est. cit.*, p. 335 en la reedición de Princeton, 1955, *Estudios y semblanzas españolas*. El subrayado es mío). Lo subrayado de la cita revela claramente el repliegue intelectualista que dominaba la actitud cognoscitiva de Castro. Lo que para él tiene primera importancia son los « conceptos culturales », « la teoría del hombre ». Y a través de esta actitud culturalista se llegaría a conocer « nuestra época clásica ».

18. *Hacia Cervantes*, Madrid, 3a edición, 1967.

## 2. SEGUNDA EPOCA : SINGULARIDAD DE LO ESPANOL.

*España en su historia* es el título que puede servir de símbolo a la segunda etapa de producción de A. Castro. Pero debe tenerse presente, de inmediato, que este título fue cambiado en la refundición de esta obra realizada en 1954. A partir de esta fecha este libro se tituló *La realidad histórica de España*. Comparado esto con el nombre de la obra que diseñaba el ámbito de su actividad en la primera época, es posible obtener algunas indicaciones orientadoras. *Lengua, enseñanza y literatura* es un título que nombra entidades abstractas independientes. La preocupación del autor se centraba entonces en sectores de la realidad abarcables ideológicamente. Cada esfera del triple título tiene su objetividad propia. Y, por lo mismo, se presentan como independientes. Sólo la voluntad del autor une estos sectores autónomos de la realidad. Por el contrario, la palabra *España* — que aparece en el título de la obra de 1948 y en el de la refundición posterior — se presenta como el centro natural y permanente de todos los libros de la segunda época de A. Castro. En esta etapa hay un objeto unitario en torno al cual se organiza todo su esfuerzo cognoscitivo. Para entender y explicar la realidad de este objeto único se preocupará el autor de las manifestaciones de toda clase que surjan de él y conduzcan a él. En esta segunda época *la lengua, la enseñanza, la literatura,...* estarán unidas en la raíz porque estarán vistas en sus peculiaridades españolas o hispánicas. El cambio de nombre de la obra fundamental de este período revela que las ideas del autor estuvieron sometidas a un proceso evolutivo. Los escritos de la primera época no han cambiado de nombre<sup>19</sup>. Por el contrario : tales cambios son frecuentes en la segunda etapa<sup>20</sup>.

Esta segunda etapa comienza en 1938. Pero no se presenta enteriza como la primera. Se puede descomponer en secciones muy nítidas : la primera sección va desde 1938 a 1948, la segunda de 1948 a 1962 y la tercera desde 1962 hasta hoy. A los veinticuatro años de trabajo enmarcados entre 1938 y 1962 puede llamarse período de evolución de su pensamiento<sup>21</sup>. En 1938 comienza la ruptura de A. Castro con

19. Hay una reedición de la *Vida de Lope de Vega* (Madrid, 1968) con adiciones de Lázaro Carreter y una nueva edición de *El Pensamiento de Cervantes*, al cuidado de Julio Rodríguez Puértolas (Barcelona-Madrid, 1972). A. Castro se ha decidido a reimprimir estas obras sólo por presión editorial. Estos libros no reflejan sus ideas actuales respecto de tales temas. No cambian de título porque el autor no tuvo tiempo de hacer las correcciones de fondo que hubiera deseado realizar. Si hubieran sido reimpresas en su primera época, el problema no se hubiera presentado. Su nueva visión de estos temas se fragua en la segunda época.

20. *Lo hispánico y el erasmismo* se transforma en *Aspectos del vivir hispánico ; España en su historia*, en *La realidad histórica de España ; Origen, ser y existir de los españoles*, en *Los españoles : cómo llegaron a serlo*.

21. Me ocupé de este problema, y de otros del pensamiento de A. Castro, en mi estudio *Evolución del pensamiento histórico de A. Castro*, publicado por primera vez en *Estudios Filológicos*, núm. 3, Valdivia (Chile), 1967, p. 7-55. Este estudio apareció también en *Cuadernos Taurus*, núm. 82, Madrid, 1969. Para mayores detalles sobre lo que estoy tratando puede consultarse ese trabajo.

las ideas que hasta entonces estaba manejando para sus trabajos de investigación ; en 1948, con *España en su historia*, alcanzan su primera formulación conjunta las nuevas ideas que empiezan a generarse en 1938 y, en 1962, llegan a su plenitud estas nuevas ideas que se constituyen en un sistema interpretativo original de la historia y de la cultura españolas. El trabajo ha continuado después de 1962. Pero lo elaborado son complementos del sistema ya logrado. El autor agrega nuevas piecitas a la estructura ya claramente perfilada. No altera ni modifica el edificio : lo mejora en sus detalles y lo amuebla <sup>22</sup>.

#### *Desde 1938 a 1948.*

Según confesión del propio A. Castro, la crisis de su pensamiento se produjo en torno al problema del papel de lo islámico en la historia española, en el año 1938 <sup>23</sup>. Buscando el modo de esta inserción de lo árabe en lo peninsular publicará, en la *Revista de Filología Hispánica* de Buenos Aires, sus ensayos sobre *Lo hispánico y el erasmismo* que habían sido escritos en 1939 y que, modificados, formarán más tarde (1949), el volumen titulado *Aspectos del vivir hispánico* <sup>24</sup>; repensar la historia de España, integrando en esa historia lo aportado por los árabes, llevará gradualmente y seguramente a Castro al convencimiento de que España — como vida y como cultura — se yergue frente al resto de Europa como una singularidad histórica. Su preocupación temprana por los fenómenos hispanoamericanos, manifestada ya en 1913 <sup>25</sup>, le servirá también en forma notoria para la búsqueda de la peculiaridad de lo español. La primera edición de *La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico* es de 1941. Pero ya en 1940 había adelantado el contenido de este libro

22. Es claro que en esta segunda etapa hay aún trabajos que podrían pertenecer a la primera. Esto es válido especialmente para la sección que va de 1938 a 1948. Pero desde esta última fecha en adelante, de un modo casi exclusivo, el autor se concentra en trabajos brotados de su nueva visión de la historia y la cultura españolas. En rigor, la sección 1938-1948 debería llamarse de preparación de su nuevo sistema : la de 1948-1962, de perfeccionamiento de ese sistema.

23. « Hasta hace no muchos años pensaba sobre este punto [papel de lo islámico en la historia de España] como todo el mundo. Cuando en 1938 escribía un ensayo sobre ciertos problemas de los siglos XV y XVI, noté cuán difícil era introducir lo islámico en el cuadro de la historia, o prescindir de ello, y acabé por soslayar la cuestión indebidamente. No supe entonces cómo abordar el problema, porque aún pesaban sobre mí los modos seculares de enfocar la historia, y la autoridad de ciertos grandes historiadores » (*España en su historia*, Buenos Aires, 1948, p. 47-48. De aquí en adelante citaré este libro así : *España 48*).

24. « Sólo después de haber escrito mis ensayos sobre *lo hispánico y el erasmismo* como aspectos de « situaciones vitales » comencé a ver claro el sentido de lo islámico en aquella historia. La Edad Media cristiana se me apareció entonces como la tarea de grupos cristianos para subsistir frente a un mundo que durante la segunda mitad de aquel período continuó siéndoles superior en todo, menos en arrojo, valor y expresión épica » (*España 48*, p. 48).

25. De este año es su colaboración a la Revista argentina *Nosotros* titulada « Romancerillo del Plata » (*Nosotros*, Buenos Aires, 1913, núm. 6).

en Los Angeles, California<sup>26</sup>. El modo de hablar de los argentinos no es analizado con el criterio de un gramático o de un filólogo que enfoque nada más que lo lingüístico, sino que este fenómeno explicado en base de la historia acontecida en esa parte de América. El «instinto bajero» que preside el hablar argentino tendría su base en el escaso refinamiento de los gauchos que a partir del dictador Rosas dominaron la capital del país. La pobrísima cultura de la población española que se asentó en el Virreinato del Plata durante la Colonia, habría colaborado en la instauración predominante de los usos lingüísticos plebeyos. La búsqueda de lo peculiar rioplatense, como esquema mental, contiene ya en germen el deseo de descubrir lo peculiar español. Cuando en 1940 daba a conocer en Los Angeles sus ideas sobre el habla argentina, Castro debía estar ya preocupado con la lección inaugural que debía dictar ese mismo año en Princeton. Y, lógicamente, buscando *The Meaning of Spanish Civilization*, tal es el nombre de esa lección, tuvo que plantear, otra vez, el problema de la singularidad, de la peculiaridad, de lo español.

No tengo datos sobre cuándo y cómo A. Castro decidió escribir un *opus magnum* sobre España en que diera curso caudaloso a su intento de descubrir lo peculiar de ella. Parece indudable, sin embargo, que la raíz remota de este intento está en el año 1938. Los escritos suyos que he nombrado hasta aquí son todos trabajos preliminares, apurtes o avances de una intención mucho más poderosa y amplia que ellos y que necesitaba manifestarse con holgura. En 1948 culminará esta etapa de preparación con *España en su historia*. Tal vez éste es el libro más apasionante de Américo Castro. Aunque mucho de lo contenido en él es todavía preliminar y será perfeccionado durante un largo período, este libro está escrito con un entusiasmo contagiante. El lector asiste a un acto de creación extraordinario a medida que lee. Junto a tesis muy claras hay enunciados que no se demuestran cabalmente; junto a ideas generales, abarcadoras, se elaboran asuntos de detalle y de pequeña erudición; la preocupación por el objeto se mezcla con miradas laterales a la metodología; lo histórico está entretelado con el análisis e interpretación de obras literarias y de fenómenos lingüísticos. Lo más fascinante del libro está en que asistimos al hacerse de un sistema de pensamiento, actividad en la cual el autor va descubriendo selvas vírgenes con la misma perplejidad con que nosotros, los lectores, vamos transitando difícilmente, pero maravillados, a través de ellas.

26. « Mi ensayo sobre la « peculiaridad rioplatense » me llevó de la mano a la « singularidad » española. Cuando en 1940 hablé en Los Angeles en una « convention » de *Latin-Americanism*, esboqué el tema de mi libro sobre la Argentina » (Carta del 11 de agosto de 1969).

*Desde 1948 a 1962.*

El estudio de la historia ocupa un principalísimo lugar en esta sección. Este estudio cubre dos frentes : el *cómo* de la historia de España y el *qué* de la historia en general. La urgencia de escribir de nuevo la historia de España va acompañada de la urgencia de definir esta disciplina y su metodología propia. A. Castro opera así como un explorador que tiene que abrirse camino a través de la selva virgen y golpea a diestra y siniestra con su machete. En una misma obra se contiene, a veces, su preocupación por el *cómo* de España y el *qué* de la historia. Tal es el caso del libro renovado en que vendrá a transformarse en 1954 *España en su historia*. Su cambio de nombre lo explica Castro por su creciente decisión de profundizar en « la auténtica realidad de la historia <sup>27</sup> ». Característica de la sección 1938-1948 era la perduración en los escritos de Castro de estudios que podrían situarse perfectamente en la primera época. Característica de esta sección 1948-1962 es la constante preocupación por definir el trabajo histórico y profundizar en el verdadero sentido de la investigación histórica.

En 1956 publicará sus *Dos ensayos*. Uno de estos ensayos — *Descripción, narración, historiografía* — es clave en lo que respecta a su concepción de la historia. En cierto sentido, en este breve escrito, culmina su empeño por definir la historiografía. Pero antes de 1956, apenas publicada *España en su historia*, había dado muestras de su actividad en esta dirección. En 1949 publica en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* un largo estudio en el que expone las razones metodológicas para no considerar a los visigodos dentro de la historia de España en sentido estricto. De 1950 es su *Ensayo de historiología*. En 1952 hay dos nuevos artículos sobre el mismo tema. Y en 1954 está todo lo que sobre esto se contiene en *La realidad histórica de España* y un artículo en la revista *Cuadernos* <sup>28</sup>. Aún después de 1962 aparecerán nuevos escritos sobre el modo de entender la historia y su metodología <sup>29</sup>. Aparte de los estudios citados están los trabajos en que titularmente se propone tratar temas del *cómo* de España pero en los que, casi siempre, desliza reflexiones sobre el *qué* de la historia <sup>30</sup>.

La maduración paulatina de sus ideas históricas son causa y efecto de su esfuerzo por hacerse inteligible el pasado y la cultura españoles.

27. « Modifico ahora considerablemente mi libro *España en su historia*, publicado en 1948. Lo he reducido y lo he ampliado. Un mayor interés en el problema de cuál sea la auténtica realidad de la historia ha obligado a renovar el título de la obra » (*La realidad histórica de España*, México, 1954, p. 7. De aquí en adelante citaré esta obra de este modo : *Realidad 54*).

28. « La tarea de historiar ». *Cuadernos* (del Congreso por la Libertad de la Cultura), París, enero-febrero, 1954, núm. 4, p. 21-25.

29. Véase, por ej., *El « nosotros » de las historias* (*Revista de Occidente*, junio de 1964).

30. Así, por ej., en *Origen, ser y existir de los españoles*, Madrid, 1959.

Correlativamente con su profundización en el sentido de la historia avanza su visión renovadora del pasado de España. En la evolución que desde 1948 a 1962 ha experimentado su *opus magnum*, en sus ediciones de 1948, 1954 y 1962<sup>31</sup>, se refleja claramente este proceso en el que se entreteje inextricablemente la búsqueda del *cómo* de España con el *qué* de la historia. En mi trabajo antes citado — *Evolución del pensamiento histórico de Américo Castro* — estudié con algún detalle las sucesivas transformaciones de este libro. En lo principal, las conclusiones a que llegué allí indican que A. Castro fue adquiriendo un dominio paulatino de su sistema de ideas y de su manera de exponerlo. En las ediciones de 1948 y 1954 mezcla lo histórico general y lo histórico particular del pasado de España. En estos dos libros aparecen confundidas materias de historia literaria, de lingüística, de valoraciones sobre lo pictórico, etc., con temas de la historia colectiva del pueblo español. La distribución de la materia en capítulos aún no alcanza una ordenación jerárquica definitiva. En cambio, en la edición de 1962, se ha impuesto A. Castro la convicción de que hay que fijar primero las bases de la historia general de España y luego preocuparse de sus manifestaciones culturales. Todo el libro de 1962 tiene por tema exclusivo el pasado español en sus manifestaciones básicas, estructurantes. Todo lo que se refiere exclusivamente a literatura, lingüística, etc., está excluido.

*Altura alcanzada en 1962. Producción posterior.*

Hay una edición de 1966 de *La realidad histórica de España*. Al comparar esta edición con la anterior, de 1962, se comprueba que el texto es exactamente el mismo. La única novedad está constituida por un largo e interesante prólogo que precede a la última de estas ediciones. En cambio, como he dicho arriba, los textos de 1948, 1954 y 1962 difieren mucho entre sí y el último — el de 1962 — se aparta claramente de los dos anteriores que, a pesar de sus diferencias, están mucho más próximos entre sí que cualquiera de ellos con el texto de 1962. Esto significa inequívocamente que en este año de 1962 el autor ha logrado poner a punto su « corpus » ideológico. Además del hecho ya señalado, hay otros testimonios que comprueban el cierre en este año de la evolución del pensamiento de A. Castro, en las obras de su segunda etapa, comenzada en 1938. El propio A. Castro tiene clara conciencia del término de este proceso.

En uno de sus libros se refiere a la mayor « altura » que su pensamiento ha ido ganando hacia los años sesenta<sup>32</sup>. En un prólogo

31. La edición de 1948 es de la Editorial Losada de Buenos Aires y las de 1954 y 1962 son de la Editorial Porrúa de México.

32. *La peculiaridad lingüística rioplatense*, 2a edic., Madrid, 1961 : « En estos veinte años [desde 1940 a 1960, que es cuando escribe estas líneas] mis modos de ver no han hecho sino corroborarse, gracias a sucesivos puntos de vista que han ido dominando en altura a los precedentes » (p. 17).

de 1961, a la segunda edición de su obra *De la edad conflictiva*, insiste sobre lo mismo : « Cada día se hace más evidente que la estructura humana de los habitantes de la Península Ibérica no es la que se les viene asignando en los libros desde hace por lo menos setecientos años. Los motivos de tan anómala situación por primera vez se ponen de manifiesto — a las claras y no a sombra de dudas — en el presente volumen. » Colgado de esta última palabra hay un asterisco que introduce a pie de página la siguiente nota : « Con posterioridad a este libro, ha aparecido la edición renovada de *La realidad histórica de España*, 1962, Editorial Porrúa México, en donde se amplían estas ideas <sup>33</sup>. »

La toma de altura definitiva de sus puntos de vista se manifiesta además en la convicción que hacia los años sesenta se impone a Castro en cuanto a deslindar en sus investigaciones el estudio de lineamientos básicos de la historia de España de temas parciales que deben ser elaborados con posterioridad a tales lineamientos básicos y apoyándose en ellos <sup>34</sup>. Este deslinde explica que las ediciones de 1962 y 1966 de *La realidad histórica de España* hayan sido aligeradas de todos los temas literarios, lingüísticos, etc., que pasarían a ocupar *la segunda parte* de esta obra. De manera formal esta continuación no ha sido publicada. Pero hay una serie de obras y de estudios breves aparecidos después de 1962 que, de un modo asistemático, han llevado a la práctica este propósito.

Una última comprobación para fijar en 1962 la maduración de su pensamiento de la segunda etapa de su obra : « Este ahora muy renovado librito *Los españoles : cómo llegaron a serlo*, Madrid, 1959 fue dispuesto para la imprenta en 1958 en circunstancias distintas de las actuales. Aún no estaban debidamente armonizados mis puntos de vista ; aun cuando estuviese seguro acerca de cuál fuese el problema central del pasado español, faltaba poner bien de manifiesto los modos de esclarecerlo sin sombra de duda. Aquel objetivo fue alcanzado en *De la edad conflictiva* (Taurus, Madrid, junio, 1961 ; segunda

33. *De la edad conflictiva*, Madrid, 2a edición, 1963, p. 23.

34. « Aunque este volumen forma un conjunto de razones dirigidas fundamentalmente a cualquier futuro ensayo de historia de los españoles y en ese sentido constituye una obra independiente, el autor la considera como una PRIMERA PARTE. En su continuación... se concederá primaria importancia a la situación social y cultural de los cristianos, moros y judíos españoles, y a las formas de civilización nacidas de la armonía y del desgarramiento de las castas — y de las conexiones o choques con Europa —, armonías y desgarramientos a los cuales debe su originalidad, sus grandezas y sus problemas, ese trozo de realidad humana llamado pueblo español » (*La realidad histórica de España*, Madrid, 3a edic., 1962, p. XXVIII. Esta obra será citada, de aquí en adelante, como *Realidad 62*).

En las páginas 213 y 251 de este mismo libro, vuelve a indicar su deseo de escribir una segunda parte de esta obra. En la edición de 1966 reiterará su deseo de escribir esta segunda parte. Véase *La realidad histórica de España*, 3a edición, México, 1966, p. 3 ; citada de aquí en adelante como *Realidad 66*. En esta edición se refiere a la de 1962 como a la primera edición de este libro. Esto prueba la gran distancia que hay entre el contenido de estas dos últimas ediciones con las de 1948 y 1954.

edición, noviembre 1963) y en *La realidad histórica de España* (Editorial Porrúa, México, 1962)<sup>35</sup>. »

La producción de A. Castro posterior a 1962 se explica por su deseo de cumplir con el compromiso de publicar la segunda parte de su *opus magnum*; por el afán de dar a conocer sus ideas al mayor número de lectores posible y por el afán de elaborar pequeñas articulaciones de su sistema que la reflexión posterior ha ido revelando. Pero no hay la iniciación de una posible tercera etapa de producción intelectual. La fisonomía de su pensamiento histórico presenta todas las características de un producto plenamente logrado luego de intensa labor.

### *Rasgos de la segunda época.*

La crisis de 1948 se produjo en relación con el papel de lo islámico en la historia de España. Por el hilo de lo árabe, A. Castro llegará a encontrarse con las otras dos castas de creyentes: la judía y la cristiana. Pero apenas se le hace inteligible esta trinidad de creyentes que estructuran la vida social española, lo europeo de España se retira hacia un plano secundario. El occidentalismo de España existe, pero es un elemento que vitalmente está conjugado con un sistema castizo de vida en el que lo semítico (árabe y judío) juega un papel fundamental en su enfrentamiento con lo cristiano. Esta conciencia creciente de la peculiaridad de lo español dentro de Europa es el elemento diferenciador que divide su obra en dos etapas<sup>36</sup>. El *leit motiv* de toda la segunda etapa lo constituye la búsqueda de la singularidad de lo español basada en la convivencia-pugna de las tres castas de creyentes: cristianos, moros y judíos.

La captación de la importancia de lo árabe antes que de lo judío, tiene también una consecuencia en su obra. Lo árabe es un elemento que centra su atención de un modo predominante en las primeras obras, y ediciones, de su segunda etapa. Con posterioridad, y paulatinamente, la importancia de lo judío comienza a cobrar relieve. Este acceso tardío a la importancia del problema judío en la vida española explica que la mayor parte de los escritos últimos de A. Castro estén dedicados a esta casta de creyentes. Después de 1962 él ha insis-

35. *Realidad* 66, p. 12.

36. « Mi obra hispánica aspira a ser constructiva y alentadora, en forma distinta a como yo la concebía hace unos cuarenta años. Intenté entonces sacar a luz lo que en España hubiese habido de europeísmo (erasmismo, pensamiento « renacentista », ilustración del siglo XVIII), sin bucear previamente en las honduras del sentir colectivo, sin darme cuenta de que todos continuábamos quejándonos, renegando de nuestro sino, soñándonos, ennegreciéndonos por dentro mucho más que lo que hacían las negras leyendas... » (*Realidad* 62, p. XIV).

Y en la p. XV de la misma obra: « Si yo hubiera persistido en mis intentos de europeización retrospectiva de hace cuarenta años, nunca hubiera averiguado quiénes han sido en verdad los agentes y cuáles las circunstancias determinantes de la historia de los actuales moradores de la Península Ibérica. »

tido preferentemente sobre la importancia de los judíos en la historia y en la cultura españolas.

Esta segunda etapa está traspasada de una auténtica pasión intelectual por llegar a formulaciones precisas y suficientes. Desde 1938 a 1962 hay un largo y torturado camino hasta llegar a la « altura » adecuada. Preocupándose de cerca de la historia bibliográfica de las obras de este período, se observa el desarrollo de un verdadero drama filológico. Los libros cambian de título, de contenido, de distribución de las materias, de redacción en las partes conservadas ; por detrás de ellos se describe un flujo siempre en movimiento que logra remanerse un breve tiempo en alguno de esos escritos pero que, muy pronto vuelve a fluir. Este modo de producción intelectual en permanente reajuste y cambio no es muy frecuente. No lo es por lo menos en términos semejantes a los sorprendidos en la obra de esta segunda etapa. Además de la búsqueda de una formulación satisfactoria de su doctrina, pesa en esto, sin duda, un estilo personal de concebir la investigación y la responsabilidad intelectual. No es sorprendente, pues, que en sus actividades docentes, A. Castro haya actuado de manera semejante respecto de los temas de sus lecciones. Uno de sus discípulos pondera la actividad docente de A. Castro en estos términos : « Los grandes momentos de don Américo se producían muchas veces en medio de la clase diaria <sup>37</sup>. »

El mismo A. Castro describe el curso de su torturada obra en términos de ingeniería de viabilidad : « Comencé abriendo en la selva impenetrable de los mitos hispánicos, espacios caminables a través de la maleza, luego tuve que pavimentar los caminos, primero con simple tierra, luego con un suelo firme por donde rodar <sup>38</sup>. »

GUILLERMO ARAYA  
(Chile)

37. Miguel Enguidanos, *Américo Castro en Houston*, en *Homenaje* editado por Hornik, Londres, 1965, p. 94.

38. Carta de 25 de noviembre de 1967.